

Politikon

El muro invisible

Las dificultades de ser joven en España



DEBATE

El muro invisible

Las dificultades de ser joven en España

POLITIKON

Luis Abenza • Berta Barbet • Sílvia Claveria •
Elena Costas • Jorge Galindo • Kiko Llaneras •
Octavio Medina • María Ramos • Pablo Simón

DEBATE

SÍGUENOS EN
megustaleer



[@Ebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Los jóvenes de hoy en día son unos tiranos. Contradicen a sus padres, devoran su comida y le faltan al respeto a sus maestros.

SÓCRATES

No veo esperanza para el futuro de nuestra gente si dependen de la frívola juventud de hoy en día, pues ciertamente todos los jóvenes son salvajes más allá de las palabras... Cuando yo era joven, nos enseñaban a ser discretos y respetar a los mayores, pero los jóvenes actuales son excesivamente ofensivos e impacientes.

HESÍODO

INTRODUCCIÓN

Un muro invisible

Cada generación tiene sus retos. Para la que creció en los años de posguerra, por ejemplo, la represión de la dictadura y las privaciones diarias fueron la norma, una España pobre y sin oportunidades de la que muchos tuvieron que marcharse. Para la generación del *baby boom*, nacida en los años cincuenta y sesenta, aún bajo el régimen franquista, el desafío fue la democratización y la construcción de un país moderno.

Los jóvenes actuales, la generación nacida entre los años ochenta y el 2000, han tenido la suerte de crecer en un país más próspero, más abierto y más libre que el de las generaciones anteriores. Pero eso no quita que aún queden retos pendientes. Esta generación se ha dado de bruces con una triple crisis —económica, social e institucional— que ha generado un sentimiento de desesperanza e indignación, de falta de horizonte vital. Esto ha tenido sus consecuencias en política, como la aparición de nuevos partidos. Y no solo en España. Los cambios en los diversos sistemas de partidos son cada vez más visibles en el resto de países europeos.

En los últimos años han surgido dos relatos que intentan explicar el sentimiento de frustración de los jóvenes. El más habitual afirma que esta generación se enfrenta a unas cir-

cunstances más favorables que las de las generaciones previas. Las quejas y la indignación, por lo tanto, no están justificadas. La mejora en las oportunidades laborales, en las condiciones de vida y en el sistema educativo, así como la apertura política tras la Transición, han situado a esta generación en un lugar privilegiado con respecto a las anteriores. Cualquier éxito no conseguido, cualquier frustración ante expectativas no cumplidas, se debe a una falta de esfuerzo o a un exceso de optimismo. Y, dado que la juventud es algo que se cura con la edad, no existe razón para preocuparse. No sorprende que la mayoría de defensores de este argumento pertenezca a generaciones más mayores.

Sin embargo, otro relato se está abriendo camino: los jóvenes se enfrentan a un muro que les impide construir su futuro. Los ladrillos que forman este muro son la precariedad, la falta de oportunidades, la ausencia de posibilidades para emanciparse y construir un hogar, y las deficiencias del sistema educativo. También la ignorancia, la falta de interés (en el mejor de los casos) o la corrupción (en el peor) de nuestros servidores públicos a la hora de buscar soluciones. Frente a la idea de que estos problemas desaparecerán cuando los jóvenes alcancen la madurez, este relato sugiere que este muro genera unos daños que se arrastran de por vida. El resultado es una generación que podría acabar viviendo peor que la de sus padres.

Ambos relatos tienen algo de cierto. Son coherentes, y eso les ayuda a que sean aceptados como explicaciones sencillas a problemas complejos. A nuestro juicio se tiende a poner más énfasis en el primer relato que en el segundo,

pero tal vez es inevitable; los jóvenes rara vez hablan de sí mismos. En este libro intentaremos desgranar qué hay de cierto en cada uno de esos dos relatos. Para ello, tomamos tres ideas como punto de partida.

La primera es que las condiciones políticas, sociales y económicas de cada joven tienen un efecto que se arrastra durante toda la vida. Sin embargo, no es un efecto determinista. Una fecha de nacimiento no condiciona por completo nuestra suerte. Pero creemos que merece la pena estudiar en qué medida el entorno económico, social o laboral es diferente respecto al de generaciones pasadas. De ahí que pongamos mucho más énfasis en intentar comparar en qué medida nuestros jóvenes de *hoy* son diferentes a los jóvenes de *ayer* y no tanto lo diferentes que son los jóvenes frente a los mayores *en general*.

La segunda idea es que, aunque los efectos generacionales —cuándo nacemos— importan, no afectan a todos por igual. También influyen el bagaje educativo y socioeconómico o el entorno familiar. Por lo tanto, no todos los jóvenes se enfrentan a las mismas vulnerabilidades. Rastrear quiénes son los mejor y peor equipados para sobreponerse a los fallos de nuestro sistema es crucial para detectar esas vulnerabilidades.

Por último, consideramos que esto no es ni una lista de agravios ni ningún tipo de revancha generacional. Sería contraproducente negar lo positivo que se hereda de generaciones anteriores, e injusto minimizar la magnitud de los retos que superaron. Lo que este libro plantea es que hay un pacto intergeneracional que está roto y que debemos recomponer. Este proceso tiene que empezar desde la polí-

tica, sin duda, pero muy especialmente desde las políticas (públicas).

DELIMITANDO EL MURO

Este libro tiene el propósito de tocar todos los ladrillos de un muro que no siempre es fácil de delimitar. Para ello hemos tenido que incorporar una gran diversidad de temas, todos ellos, creemos, relevantes. Con todo, muchos otros se han quedado en el tintero. También nos centraremos en las dinámicas propias de España, pero eso no quita que muchos retos que se nos plantean sean parecidos a los de otros países. De ahí que se haga con frecuencia mención a datos comparados, aunque siempre mantendremos nuestro país como referencia.

La crisis económica ha supuesto un punto de inflexión para los problemas que ya acechaban a los jóvenes antes de 2008. Con ella, la falta de expectativas ha aumentado y las brechas socioeconómicas se han ensanchado. Esto ha dibujado para nuestra generación y para las que vienen una trayectoria vital cada vez más incierta.

Si en algún lugar la analogía del muro cobra especial sentido es en el mercado laboral. En las últimas dos décadas España ha mantenido la tasa de temporalidad más alta de la Unión Europea, la cual ha sido particularmente acusada entre los jóvenes. La crisis ha sido el único momento en el que nos hemos situado por debajo del índice de otros países de nuestro entorno. La razón es tan sencilla como

desalentadora: la enorme destrucción de empleo que tuvo lugar entre 2008 y 2013 se concentró con particular intensidad entre los jóvenes sin contrato fijo. Los daños que esto supone para la articulación de un proyecto de vida son claros. Algunos jóvenes se han ido, otros se han quedado, pero casi todos han visto sus expectativas afectadas. Para los que no habían empezado a trabajar aún, las consecuencias han sido igual de negativas. Estos lo han tenido mucho más difícil a la hora de incorporarse a un mercado en el que las oportunidades de empleo estable y con futuro escaseaban. La brecha entre trabajadores estables y precarios, junto con la enorme incidencia del paro estructural, han hecho del mercado laboral español una de las instituciones que más penalizan a las nuevas generaciones. Sin afrontar a fondo el tema de la precariedad parece difícil poder revertir la situación.

También hablaremos sobre nuestro sistema educativo. Es común oír tópicos sobre cómo los jóvenes de hoy son vagos, o que carecen de disciplina y competencias para enfrentarse al mercado laboral. En definitiva, que la educación de antes era mejor que la actual. Sin embargo, como en el caso del mercado laboral, la realidad es mucho más compleja, al menos en dos aspectos. Primero, España ha avanzado a grandes pasos hacia la universalización de la educación, cerrando la brecha con nuestros vecinos europeos. Y segundo, no se desprende de las pruebas internacionales que la calidad de nuestra educación sea peor que la de nuestros mayores. Es más, en muchos aspectos se puede plantear que es de mejor calidad, de tal modo que las descalificaciones genéricas no tienen mucho sentido.

Ahora bien, nuestro sistema educativo no está exento de problemas. A medida que la recuperación económica avanza, se vuelve evidente que los retos a los que se enfrentan los distintos segmentos de la juventud son diferentes. Mientras unos jóvenes se encuentran con el problema de la sobrecualificación, con un nivel de formación superior al requerido en el puesto de trabajo que desempeñan, otros están atrapados en un ciclo de precariedad más perverso, que se inicia con el fracaso escolar y con la lacra de la repetición. Nuestro elevado abandono temprano de la formación contribuye a perpetuar desigualdades sociales que empiezan a ser visibles mucho antes de la entrada de los jóvenes al mercado laboral.

De todo esto se deriva que este segmento de la población se enfrenta a trayectorias vitales inciertas. Para abordar el problema en su conjunto es necesario estudiar cómo funciona nuestro Estado del Bienestar. Un Estado del Bienestar efectivo proporciona una red de seguridad para los ciudadanos a lo largo de sus distintas etapas vitales, invirtiendo desde en guarderías hasta en pensiones. Sin embargo, nuestro sistema protege menos de lo que debería, y de forma desigual. Tendemos cada vez más a concentrar el gasto en las cohortes de mayor edad, y a gastar menos en niños y jóvenes. Además, nuestro sistema basado en cotizaciones a la Seguridad Social complica el acceso a prestaciones sociales para los trabajadores precarios.

Así, cuando el mercado laboral es una institución con serios problemas de temporalidad y paro estructural, cuando el sistema educativo sufre problemas de desigualdad y el Estado del Bienestar se orienta a los mayores, solo queda

una institución de salvaguarda: la familia. Por eso no es sorprendente que desde que empezó la crisis haya jugado un papel clave como red de protección. Sin ella no hay refugio frente a la incertidumbre. Pero a la vez, si dependemos solo de ella, no hay movilidad social posible ni proyecto de vida autónomo.

También es cierto que se están produciendo cambios estructurales importantes que nos afectan como sociedad. Uno de los más evidentes es el envejecimiento de la población en la mayoría de países desarrollados. La generación de jóvenes de hoy es menor que la de los *baby boomers*, lo cual afecta a las dinámicas de nuestro sistema de pensiones. Pero también hay otros cambios, como la progresiva incorporación al mercado laboral de las mujeres, el aumento de la esperanza de vida o la polarización del empleo entre trabajadores estables y precarios causada por el desarrollo tecnológico. Nuestros sistemas de protección, contruidos hace décadas, no están bien equipados para responder a estas modificaciones estructurales.

Sin embargo, tampoco hay que olvidar que no existe una única respuesta, y que la decisión de cómo afrontar estos retos está abierta al debate político. Las rigideces y herencias institucionales en los ámbitos de la educación y del mercado laboral se unen a otras en la distribución del gasto público. Esto desemboca en preguntas tales como si es mejor universalizar las prestaciones (como suele ocurrir en los sistemas de bienestar escandinavos) o por el contrario enfocar el gasto a los segmentos de la sociedad que más lo necesitan; y también cómo deberíamos equilibrar el gasto desde un punto de vista generacional, por ejemplo, cuánto

deberíamos gastar en pensiones o en guarderías. Estas cuestiones se volverán cada vez más relevantes ahora que las sociedades occidentales están envejeciendo.

LOS CIMIENTOS (POLÍTICOS) DEL MURO

Detrás de toda política pública concreta existen unos colectivos que la han impulsado. De ahí que sea fundamental preguntarse en qué medida se movilizan los jóvenes en defensa de sus intereses.

Cuando se habla sobre la participación política de los jóvenes, el debate público se suele dividir entre la crítica y el paternalismo. Con frecuencia se enfatiza que los jóvenes no se implican en la vida pública y que nada parece interesarles, que son apáticos y se inhiben de participar. Pero en otras ocasiones se les trata con condescendencia por su caricatura como contestatarios, y por recurrir a la protesta y la movilización callejera como forma de expresarse políticamente.

Como siempre, la realidad es más compleja. Durante los últimos años ha aparecido una gran brecha generacional: mayores y jóvenes votan cada vez a formaciones políticas más diferentes. También es cierto que los segundos participan menos en las elecciones, se movilizan de manera más esporádica y —quizá lo más importante— están formados por un número menor que las generaciones anteriores. Esto los hace cada vez menos decisivos en unas elecciones. Además, hay diferencias en niveles de actividad política: los

jóvenes con mayor nivel educativo y de renta participan más que el resto. El resultado es que las demandas de los colectivos más vulnerables —y más perjudicados por la crisis— no han calado aún en el debate público.

Sin embargo, la democracia no consiste solo en votar. La urna es una de las arenas de participación política en un sistema pluralista, quizá la principal, pero en ningún caso la única. Los jóvenes en general son desafectos a las instituciones tradicionales de la democracia, aunque este sentimiento no es muy diferente al de sus mayores. Cabe la opción de que aquellos compensen su falta de afinidad al sistema con la exploración de otras formas de participación política. El consumo de información política, las manifestaciones o la recogida de firmas son otros mecanismos que les permiten tener cierta influencia en la política tradicional. Si los jóvenes se informan sobre política de otra manera, ¿podría ser que también participaran de manera diferente? ¿Ha sido el 15M la primera muestra de que es posible incidir en ese ámbito de otra manera? ¿Están los jóvenes reemplazando las fórmulas tradicionales de participación por otras nuevas? Lo cierto es que los datos en general no apoyan esta idea. Antes bien, parece que los que participan de manera convencional, votando, son los mismos que tienden a hacerlo de la otra manera. El resultado es la participación solapada de (los mismos) jóvenes.

En suma, parece que las fuerzas políticas para empujar el cambio no han terminado de cristalizar. Los retos estructurales son profundos y el conflicto generacional es un hecho difícil de negar. La pregunta es si pueden aplicarse políticas diferentes que permitan reconstruir un pacto generacional

y, sobre todo, si hay emprendedores políticos que estén dispuestos a hacerlo.

Primera parte
CRISIS